

Ya nada detenía en Boiscoran á los señores de Chandoré y Folgat.

Después de haber recomendado al viejo Antonio que vigilara bien los sellos y diera, si era posible, un vistazo al fusil de Santiago, cuando la justicia recogiera las piezas de convicción, subieron al coche.

Sonaban las cinco en la catedral de Sauverre, cuando llegaron á la calle de la Rampa.

La señorita Dionisia esperaba en el salón. Se levantó cuando entraron, pálida, con los ojos secos y brillantes....

—¡Cómo! ¡estás sola! ... exclamó el señor de Chandoré, ¡te han dejado sola!

—No te enojés, abuelo. Acabo de separarme de la marquesa de Boiscoran que estaba exhausta de fatiga y quería reposar una hora, después de la comida.

—¿Y las tías Lavarande?

—Han salido, abuelo. Deben estar en este momento, en casa del señor Galpin Daveline....

El señor Folgat dió un salto.

—¡Oh!.... dijo.

—¡Pero es una pretension insensata.... exclamó el viejo gentilhomme.

Con una palabra le cerró la boca la joven.

—Soy yo, dijo, quien lo ha querido.



Si, el paso dado por las señoritas de Lavarande era insensato. En el estado en que se encontraban las cosas, ir á buscar al señor Galpin Daveline, era tal vez darle armas para arruinar á Santiago.

Pero la culpa era del señor de Chandoré ó del señor Folgat. Habían cometido una imperdonable imprudencia partiendo para Boiscoran, sin prevenir nada, sin otra precaución que la de hacer decir por medio del criado del señor Seneschal, que estarían de regreso para la hora de la comida y que no se inquietaran.

¡Que no se inquietaran!.... ¡Y, era á la marquesa de Boiscoran y á la señorita Dionisia, á la madre y á la prometida de Santiago, á quienes se decía eso!....

Ciertamente, en el primer momento, las dos infortunadas conservaron una sangre fría.

relativa; cada una se esforzaba en dar á la otra el ejemplo del valor y la confianza. Pero á medida que transcurrían las horas, aumentaban sus angustias, y poco á poco su dolor se había exaltado, comunicándose sus temores.

Se figuraban ver á Santiago, inocente, y sin embargo, tratado como los peores criminales, solo, en el fondo de un calabozo, entregado á las más terribles inspiraciones de la desesperación. ¿Cuáles podían ser las reflexiones de él después de más de veinticuatro horas que llevaba de no tener noticias suyas?... ¿No debía creerse despreciado, abandonado, renegado?

—¡Esa idea es intolerable! exclamó al fin la señorita Dionisia. A todo precio, es preciso procurar verlo.

—¿Cómo? preguntó la señora de Boiscorran,

—No lo sé, pero debe haber un medio. Hay cosas á las que no me habria atrevido sola; pero con vos, mi querida madre, puedo intentar. Vamos á la prision....

Rápidamente la señora de Boiscorran se puso sobre los hombros la mantilla de viaje.

—Estoy lista, dijo, partamos!....

La una y la otra había oído decir que Santiago estaba "incomunicado;" pero ni una ni

otra comprendían el real y espantoso significado de aquella expresión.

No tenían una idea de esa medida atroz y sin embargo, indispensable en el estado actual de nuestra legislación, que suprime hasta cierto punto á un hombre, que lo encierra en una celda, solo, en frente del crimen de que está acusado, á la entera y absoluta discreción de otro hombre, encargado de arrancarle la verdad.

Para ellas la incomunicación no era sino la privación de la libertad, la celda con su mobiliario siniestro, las rejas de las ventanas, los cerrojos de las puertas, el carcelero sonando su manajo de llaves á lo largo de los corredores, el soldado, de centinela en el patio...

—Es imposible, decía la marquesa de Boiscorran, que no me permitan ver á mi hijo.

—Imposible, aprobó la señorita Dionisia. Y además, conozco al carcelero Blangin, pues su mujer en otro tiempo ha estado á nuestro servicio.

Teniendo, pues, una plena confianza, la joven con su frágil mano levantó el tosco martillo de la prision.

El mismo Blangin vino á abrir, y á la vista de aquellas pobres mujeres, un inmenso asombro se dibujó en su tosca fisonomía.

—Venimos á ver al señor de Boiscoran, dijo con resolucion la señorita Dionisia.

—¿Traen, pues, las señoras un permiso? preguntó el carcelero.

—Un permiso... ¿de quién?

—Del señor Galpin-Davaline.

—No tenemos el permiso.

—Entonces tengo el sentimiento de decir á las señoras que es imposible que vean al señor de Boiscoran. Está incomunicado y he recibido las órdenes más rigurosas....

La señorita Dionisia frunció el ceño.

—Vuestras órdenes, señor Blangin, interrumpió, no serán concernientes á la señora, que es la marquesa de Boiscoran...

—Mis órdenes conciernen á todo el mundo, señorita.

—¿Imj edireis que una madre desconsolada abraze á su hijo?....

—¡Eh! ... no soy, yo señorita... ¡Yo! ¿Qué soy yo? Nada, un cerrojo que la justicia pone ó quita á su gusto.

Por primera vez, la joven tuvo la idea de intentar conmoerlo.

—Pero á mí, mi buen señor Blangin, ineis-tió con las lágrimas en los ojos, á mí no me rehusareis... ¿No me conoceis? ¿Vuestra mujer nunca ha llegado á hablaros de mí?

El carcelero estaba, en verdad, conmo vido.

—Sé, respondiò, todo lo que mi mujer y yo debemos á la señorita, pero... tengo mi consigna, y la señorita no querrá hacer perder su puesto á un pobre hombre....

—Si creéis perder vuestro puesto, señor Blangin, yo, Dionisia de Chandoré, os puedo garantizar otro que os producirá el doble....

—Señorita...

—¿Dudaríais de mi palabra, señor Blangin?...

—¡Dios me libre, señorita! Pero no se trata solamente de mi empleo... Si hago lo que me pedís, se me castigará muy severamente...

En el acento del carcelero, la señora de Boiscoran comprendió que la señorita de Chandoré nada obtendría.

—No insistais, nifa, salgamos...

—¡Qué!... sin saber nada de lo que pasa detrás de esos muros implacables, sin saber siquiera si Santiago está vivo ó muerto?....

Evidentemente, el corazon del carcelero era presa de un rudo combate.

De repente, con una voz breve, y arrojando en su rededor miradas inquietas:

—Hablar, dijo, me está prohibido; pero no importa.... No dejaré que os alejéis sin sa-

ber que el señor de Boiscoran disfruta de salud.

—¡Ah!

—Ayer, cuando lo trajeron, estaba como embotado.... Se arrojó sobre su cama de un modo brusco, y ha permanecido sin hacer un movimiento más de dos horas. Creo que lloró....

Un sollozo que no pudo dominar la señorita Dionisia hizo estremecer al buen Biangin.

—¡Oh! tened donfianza, señorita, replicó bien pronto, ese estado no duró mucho tiempo. Pronto el señor de Boiscoran se levantó exclamando "¡Basta! he sido un estúpido para desesperarme así....

—¡Lo habeis oido? preguntó la señora de Boiscoran.

—No personalmente. ¿Fué Frumencio Cheminot quien lo escuchó....

—¡Frumencio Cheminot!....

—Sí, uno de los detenidos. ¡Oh! un simple vagabundo, ménos pícaro que otros, que tiene la comision de subir á cuidar el postigo del señor de Boiscoran, sin perderlo de vista.... Es el señor Galpin-Daveline quien ha tenido la idea de esa precaucion, porque los acusados algunas veces, en el primer momento, si les llega la desesperacion y el disgusto

de la vida.... ¡una desgracia sucede en el momento!.... Frumencio impedirá la desgracia....

La señora de Boiscoran se estremeció de horror.

Mejor que todo, esa precaucion le daba la medida exacta de la mala situacion de su hijo.

—Por lo demás, prosiguió Biangin, no hay nada que temer. El señor de Boiscoran ha vuelto á la calma, está tranquilo y aun contento, si puedo expresarme así. Cuando se levantó esta mañana, después de haber dormido toda la noche como un liron, me llamó para pedirme papel, tinta y pluma. Eso es lo que piden los prisioneros al segundo día. Tenia órden de darselo y se lo dí. Y cuando fué á llevarle el almuerzo, me dió una carta con la direccion de la señorita de Chandoré....

—¡Cómo! exclamó la señorita Dionisia, ¡tenéis una carta para mí y no me la habeis dado!.

—Es porque no existe en mi poder, señorita; la entregué, como era de mi deber, al señor Galpin-Daveline cuando vino con su escribano Méchinot, para interrogar al señor de Boiscoran....

—¡Y qué dijo?

—Rompió el sobre y leyó la carta, después la guardó en su bolsillo diciendo: «Bueno!»

Lágrimas, pero de cólera en esta vez, brotaron de los ojos de la señorita Dionisia.

—¡Qué vergüenza!... exclamó. ¡Leer ese hombre una carta que Santiago me dirige!... ¡Eso es infame!...

Y sin pensar en dar las gracias á Blangin, se tomó del brazo de la marquesa de Boiscoran, y hasta la casa ne pronunció una palabra.

—¡Ah! pobre niña, ¡nada has logrado! exclamaron las tias Lavarande cuando vieron entrar á su sobrina....

Pero cuando Dionisia les hizo saber todo:

—¡Y bien!... exclamaron, nosotras vamos á ver á ese juececillo, que antes de ayer nos hacia todavia bajamente la corte para obtener la dote de nuestra sobrina. Le diremos lo que ha hecho. Y si no obtenemos que nos devuelva á Santiago, impediremos al menos su triunfo y abatiremos su orgullo.

¡Cómo la señorita de Chandoré no habia de adoptar la idea de las tias Lavarande, un proyecto que daba á su cólera una satisfaccion inmediata y que servia á sus secretas esperanzas!

—¡Oh! sí, tenéis razon, queridas tias, exclamó. Pronto, sin perder un minute, partid.

Incapaces de resistir á aquellos acentos, se pusieron en camino sin atender á las tímidas objeciones de la marquesa de Boiscoran.

Solo que las buenas señoritas se equivocaron en cuanto á las disposiciones de espíritu del señor Galpin Daveline.

El expretendiente de su sobrina Lavarande, ne estaba sobre un lecho de rosas.

Al principiar aquel extraño negocio, se entregó á él, dominado por la fiebre, como si estuviera en la ocasion admirable que acechaba hacia tantos años, y que habia de abrir á fuerza las puertas, hasta entonces cerradas á su ambicion.

Después, ocupado del negocio, comenzada la indagacion, habia sido llevado por una corriente más rápida que la reflexion.

Así es que con una especie de satisfaccion mal sana, habia visto multiplicarse los cargos, hasta obligarlo á firmar una orden de prision contra su antiguo amigo.

Después, se habia cegado per las más halagadoras esperanzas. ¡No probaba las más altas facultades y un modo de saber hacer las cosas muy superior, aquella indagacion que en unas cuantas horas habia conducido á la justicia á descubrir un crimen casi inexplicable y á un culpable que nadie se hubiera atrevido á sospechar!....



Pero algunas horas más tarde, el señor Galpin-Daveline no veía los acontecimientos de igual modo. La reflexión lo hizo volver en sí, y comenzó á dudar de su habilidad, y se preguntó si no había obrado con demasiada precipitación.

Si Santiago era culpable, nada mejor. Después de condenado, es claro que el juez de instrucción conseguiría mejorar la situación del reo.

— Sí, pero... ¡si Santiago era inocente!...

Aquella idea, levantándose por primera vez ante el señor Galpin Daveline, le heló hasta la médula de los huesos.

¡Santiago inocente!

— Era la condenación de él, Galpin-Daveline, la pérdida de su porvenir, de sus esperanzas y de su carrera.

¡Santiago inocente!...

— Era con seguridad, una desgracia. Lo retirarían de Sauveterre, donde le sería imposible permanecer después de lo que había pasado.

— Pero aquello sería para relegarlo á un pueblo oscuro, sin tener jamás alguna esperanza de progreso.

— En vano objetaba que no había hecho más que su deber.

Le responderían, si se dignaban hacerlo,

que hay de esos deslumbrantes hechos faltos de destreza, uno de esos errores escandalosos que un magistrado no debe cometer y que para gloria de la justicia y en interés de la magistratura, tan violentamente atacada, vale más en ciertas circunstancias dejar al culpable impune, que aprisionar á un inocente.

Con tales angustias, las más crueles que podían desgarrar el corazón de un ambicioso, el señor Galpin-Daveline debía encontrar su camino lloero de espinas.

Desde las seis de la mañana estaba de pie.

A las once mandó buscar á su escribano Méchinot y juntos se dirigieron á la prisión, á fin de proceder á un nuevo interrogatorio.

Era en aquel momento en que habían enviado al juez de instrucción la carta dirigida por Santiago á la señorita Dionisia.

Era breve, y estaba en términos tales como pudiera escribirla un hombre demasiado inteligente para no comprender que no debe contar con el secreto de su correspondencia. No estaba ni cerrada, circunstancia que se había escapado al carcelero B angin.

— “Dionisia, mi bien amada, escribía Santiago, el pensamiento del horrible pesar que me causa, es mi más cruel y tal vez mi único sufrimiento. ¡Debo humillarme hasta jurar que soy inocente? No; ¡verdad? Sí y víctima de un

fatal concurso de circunstancias; que la justicia ha debido equivocarse. Pero tranquilizaos y no estéis inquieta. Podré, en el momento dado, disipar este funesto error.

Hasta muy pronto....

SANTIAGO."

—¡Bueno! había dicho, en efecto, el señor Galpin Daveline después de haber leído aquella carta....

Y sin embargo, le había hecho sentir un golpe en el corazón.

—¡Qué seguridad!.... había pensado.

Por lo tanto, se encontraba un poco contrariado al subir la escalera de la prisión.

Santiago evidentemente no se había imaginado que su carta llegaría directamente á su destino; entonces había tenido tiempo de conjeturar que había escrito más bien para la justicia que para la señorita Dionisia.

La ausencia del sobre daba á aquella presunción cierto apoyo.

—En fin, eso es lo que vamos á ver, se decía el señor Galpin Daveline mientras que Blanquin le abría la celda del prevenido.

Pero encontró á Santiago como si estuviera libre en su castillo de Boiscoran, altivo y aun burlon.

Imposible era sacarle algo. Asediado por las

preguntas, se encerraba en el silencio más absoluto y respondía que necesitaba reflexionar.

El juez de instrucción se volvió á su casa.

La actitud de Santiago lo confundía.

—¡Ah!.... si pudiera retroceder. Pero no podía hacerlo ya, había quemado sus naves y estaba condenado á ir hasta el fin.

Para salvar su porvenir, era preciso que Santiago fuera culpable, que se llevara al Tribunal de Assises y que resultara condenado. Era absolutamente preciso. Era una cuestión de vida ó muerte.

Hé aquí cuáles eran precisamente sus reflexiones cuando fueron á comunicarle que las señoritas de Lavarande pretendían hablarle.

Se irguió como si fuera de una pieza, y en menos de un segundo se sublevó su espíritu, abrasando todas las conjeturas imaginables. ¿Qué podían querer aquellas dos solteras?

—Que entren, dijo al fin.

Entraron orgullosas, altivas, rehusando el sillón que les aproximaba el magistrado.

—No esperaba el honor de vuestra visita, señoritas, comenzó.

La mayor de las tías Lavarande, la señorita Adelaida, le cortó la palabra.

—Lo concibo, dijo, después de lo que ha pasado....

Y en seguida con una energía de devota hi-

riendo al impío, se puso á reprocharle lo que llamaba su infame traición. ¡Cómo! tomar él parte contra Santiago, su amigo, un hombre que se había ocupado en proporcionarle el favor de una alianza inesperada.... Por el solo hecho de sus esperanzas de matrimonio, formaba en cierto modo parte de la familia. ¡Dónde había nacido pues, para olvidar que entre parientes, aun odiándose á muerte, se deben ayuda y proteccion cuando se trata de defender ese patrimonio sagrado que se llama el honor! ...

Aturdido como un transeunte que desde un quinto piso recibe una lluvia de piedras, el señor Galpin Daveline conservaba bastante su sangre fría para preguntarse si no había algun partido que sacar de aquel incidente extraordinario. ¡Era imposible el retroceder!....

Despues de que la señorita Adelaida calló, pretendió justificarse, manifestando en hipócritas metáforas el dolor de que estaba poseído, jurando que no había podido impedir los acontecimientos, que ahora estimaba á Santiago más que nunca....

—Si lo quereis tanto, interrumpió la señora Adelaida, ponadlo en libertad....

—¡Eh!..... ¿caso puedo hacerlo, señorita?....

—Entonces dad á su familia el permiso de verlo....

—La ley me lo impide. Si es inocente, que se disculpe. Si es culpable, que lo confiese. En el primer caso, quedará libre. En el segundo, recibirá á las visitas que le convengan....

—Y es tambien por amistad por lo que os habeis permitido ver una carta de Santiago á su prometida....

—He cumplido con uno de los deberes más penosos de mi profesion, señorita....

—¡Ah!.... ¿Y esa profesion os impide darnos la carta que habeis leido?....

—Si... Pero es la puedo comunicar.

La sacó de un expediente, en efecto, y la más joven de las tias, la señorita Isabel, la copió con lápiz.

Hecho eso, se retiraron casi sin saludar....

El señor Galpin Daveline estaba ébrio de cólera.

—¡Ah!... viejas hechiceras, exclamó, vuestra peticion me prueba que estais lejos de creer en la inocencia de Santiago.... ¿Porqué tiene su familia tanto empeño en llegar hasta él?... Sin duda para proporcionarle el medio de sus traerse, por medio del suicidio, al castigo de su crimen.... Pero por Dios que no será eso, porque sabré impedirlo.

¡De qué sirve el recriminarse por un hecho